

En plan turístico iniciamos un pequeño recorrido, para deleitarnos con el legado del pasado, por varios municipios de la provincia de Guadalajara.

Empezamos en Torija (cerca de Guadalajara capital). Sobresale su imponente castillo con la colosal torre del homenaje. Hoy restaurado. Fue construido por los Templarios en el siglo XIII y volado por los guerrilleros del Empecinado en la contienda de la Independencia por ser cuartel general francés.

Torija conserva trozos de murallas y algo con mucho sabor medieval y encanto: una placita pequeña y alargada, que desemboca en una bellísima iglesia románica. Parece un decorado natural preparado para rodar una película.

Abandonamos la carretera general y por otra comarcal llegamos a Hita. Se asienta en la falda de un monte, en cuya cima se alzan las ruinas de su castillo. Actualmente se está reconstruyendo el largo recinto amurallado. Nos entusiasma la bonita puerta ojival de Santa María, doblemente fortificada. Su Plaza Mayor del siglo XV se conserva casi intacta y en ella se celebran, en el verano, espléndidas fiestas medievales con gran aparato y vistosidad. Este pueblo nos recuerda al famoso Arcipreste con su extenso «Libro del Buen Amor».

Continuamos viaje y hacemos una breve parada en Jadraque, para contemplar desde la carretera, a cierta distancia, al hermoso castillo denominado «del Cid».

Por fin, llegamos a la Villa de Atienza (declarada monumento nacional Histórico-Artístico), en cuyo escudo figura el lema «Nobleza y Lealtad». Su origen se pierde en la nebulosa de los tiempos prehistóricos. Pero cuando alcanzó señalada importancia es en la Edad Media, para decaer posteriormente.

Hay que advertir que Atienza ha sido uno de los pueblos más castigados por las guerras que han assolado el suelo hispánico, desde la Reconquista hasta la citada de la Independencia. Su especial situación estratégica y su formidable castillo la han convertido en intensa zona de operaciones de multitud de campañas. Ya en el año 989 el célebre caudillo árabe Almanzor la arrasó totalmente y el general francés Duvernet, en 1811, la saqueó e incendió sin ninguna clase de miramientos.

Lo extraordinario es que ha resurgido de las cenizas, cicatrizando con el tiempo sus muchas heridas. La población está construida en la lade-



ATIENZA

ra de un monte. En su cumbre y sobre roca viva se levanta el casi invulnerable castillo ya mencionado, dominando todo el contorno. Su forma es alargada (200 metros de longitud por 30 de ancho) en la que destaca, desafiando los vientos, su altiva torre del homenaje. Parece un temible navío de guerra dispuesto al combate. Ha sido protagonista y testigo de encarnizadas batallas y grandes heroísmos a lo largo de los siglos. Contar su historia sería alargar interminablemente el relato. También ha sido utilizado como prisión de Estado (siglo XVI). Y por sus mazmorras han desfilado encumbrados personajes de la aristocracia, la milicia y el clero. Visitándolo y reflexionando sobre estos hechos se siente una emoción especial. Si estos viejísimos muros pudieran narrar sus memorias, sería una de las novelas más apasionantes que pudiéramos leer.

Atienza fue Señorío de la reina Catalina de Lancáster (esposa de Enrique III de Trastámara) que, por cierto, costeó aquí uno de los conventos de la Orden franciscana en España y del que se conserva solamente un ábside inglés gótico de exquisita manufactura.

También fue cuna y residencia de muchos nobles, quedando sus palacios y casas solariegas como recuerdo.

La población con su conjunto de edificios, calles y plazas constituye

una auténtica ciudad medieval en pleno siglo XX, que fascina los sentidos y embriaga la mente por su espléndido pasado.

Lo más descollante de Atienza quizá sean sus siete iglesias, que podemos enjuiciarlas como maravillosos museos arquitectónicos con mucho y variado arte en su interior. Entre sus preciosas reliquias figuran dos espinas de la Pasión de Cristo y un trozo del Velo de la Virgen María. Algunos de estos templos sufrieron enormes e irreparables daños durante la invasión napoleónica.

La animada y original fiesta de la Caballada, que todos los años se celebra, tuvo su origen en la siguiente historia:

Siglo XII. El rey Alfonso VIII (que posteriormente sería famoso como militar), de cuatro años de edad a la sazón, se refugia en Atienza, huyendo del acoso que le hace el rey de León que a todo trance quiere apoderarse de su persona. Los habitantes de esta Villa le protegen. Pero el leonés cerca la plaza con poderoso ejército y exige la entrega del niño. Para evitar esto, los atienecinos recurren a una estratagema. Disfrazan al niño-rey y en una comitiva de arrieros le llevan a Avila, salvándole del peligro. Alfonso VIII, ya hombre, siempre se mostró enormemente agradecido con Atienza. ■

Angel LAS NAVAS PAGAN